

CUANDO EL TEXTO SE EXCEDE A SÍ MISMO Y DEVIENE TESTIMONIO COLECTIVO

Paola María Marugán Ricart

Centro de Investigaciones y Estudios de Género de la Universidad Nacional Autónoma
de México, Ciudad de México, México

© paola_marugan@cieg.unam.mx |  <https://orcid.org/0000-0002-0767-1988>

Disponible en Internet en julio de 2025

En tiempos de pandemia recibí un mensaje de una amiga: “Ya encontré el nombre del proyecto, se llamará Zafadas”. La idea era reunir una vez al mes a un grupo de mujeres interesadas en discutir cuestiones de género y feministas en el marco de los estudios literarios latinoamericanos. Casi todas las participantes procedían de ese campo disciplinar, algunas eran escritoras, otras también artistas o curadoras y muchas de nosotras estábamos atravesando la experiencia de escribir una tesis doctoral. La gran mayoría vivíamos en distintas geografías de Nuestra América; otras, en cambio, habían nacido en esta región pero se encontraban realizando sus estudios en Estados Unidos.

Lo que teníamos en común era la identificación con la categoría mujer; no obstante, las formas de encarnarla dependían de otras matrices identitarias como la sexualidad, la clase social, la racialidad, la edad,

CÓMO CITAR ESTE ENSAYO:

Marugán Ricart, Paola María. 2025. “Cuando el texto se excede a sí mismo y deviene testimonio colectivo”, *Debate Feminista*, año 35, vol. 70, pp. 105-116, e2588, <https://doi.org/10.22201/cieg.2594066xe.2025.70.2588>

DEBATE FEMINISTA 70 (2025) pp. 105-116

Año 35, vol. 70 / julio-diciembre de 2025 / 35 AÑOS DE DEBATE FEMINISTA

ISSN impreso: 0188-9478 | ISSN electrónico: 2594-066X

e2588 | <https://doi.org/10.22201/cieg.2594066xe.2025.70.2588>

© 2025 Universidad Nacional Autónoma de México, Centro de Investigaciones y Estudios de Género.

Este es un artículo Open Access bajo la licencia CC BY-NC-ND

(<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/>).

la nación o el territorio. El rango etario pasaba de los veinte hasta los sesenta años, hecho que evidenció los varios desafíos que enfrentamos en diálogos intergeneracionales. El grupo de zafadas fue heterogéneo y cambiante a lo largo de sus doce meses de duración. Yo participé en todos los encuentros. El texto que me dispongo a desarrollar aquí tiene como base mi experiencia subjetiva ahí.

La premisa para cada sesión consistía en leer un texto propuesto cada vez por una persona distinta del grupo que se encargaría de presentarlo para inaugurar el diálogo. “Se llamará Zafadas”, me dijo Zaira Ruiz, la impulsadora del proyecto. El diccionario de la lengua española ofrece dos acepciones del adjetivo *zafada* que curiosamente divide según su uso en la geografía latinoamericana. La primera es “descarada, atrevida en conducta o lenguaje” y la segunda (correspondiente a México), “chiflada, que tiene perturbada la razón”.¹ Con la intuición de quien sabe lo que sucede cuando un grupo de mujeres se junta y siendo ella misma la que convocó a cada participante, Zaira Ruiz decidió nombrarnos zafadas. Es decir, descaradas, desobedientes, atrevidas, chifladas y contra-canónicas; aquellas que tienen perturbada la razón (patriarcal, racista, occidental) o, en el caso de todavía no haber alcanzado dicho status, había un deseo pulsante en ello.

El proyecto no solo surgió de la necesidad de estar juntas durante el aislamiento impuesto por la pandemia; también de compartir malestares, ideas e incomodidades con respecto a temas relacionados con nuestras condiciones de género, sexualidad, raza, clase social o formación, con el marco de los estudios literarios latinoamericanos. Las semanas previas al primer encuentro, Zaira Ruiz me confesó que Zafadas había emergido de la inspiración producida por la lectura de Victoria Ocampo, en concreto, de “La mujer y su expresión” (1935), reeditado en el volumen 21 (2000) de *Debate Feminista*.²

¹ Recuperado de <<https://dle.rae.es/zafado>>.

² https://debatefeminista.cieg.unam.mx/index.php/debate_feminista/article/view/258

En ese texto, Victoria Ocampo cuenta de una conversación telefónica que escuchó entre un hombre de negocios argentino y su esposa, en la que él exigía no ser interrumpido. Esa anécdota le sirvió a la autora para elaborar una reflexión en torno a las diferencias entre la necesidad de expresión de la mujer y el monólogo masculino en el ámbito de la producción literaria de aquella época.³ Ocampo pedía ser interrumpida para sentir la presencia del auditorio, para sentir su escucha. Sin embargo, el modo dialógico preferido por los varones era el monólogo. De ahí que el “no me interrumpas” fuera la manera predilecta de expresión de los señores. Ellos no necesitaban público, solo querían escucharse a sí mismos (p. 63). Resulta curioso percibir en los testimonios de las zafadas que casi noventa años después de la primera publicación de este texto seguíamos reproduciendo diferencias sexuales similares en las formas de expresión en los espacios académicos.

Cuando Zaira Ruiz me invitó a proponer el texto para nuestro primer encuentro, escogí “‘No me interrumpas’: las mujeres y el ensayo latinoamericano”, de Mary Louise Pratt (publicado en el mismo volumen de *Debate Feminista*), para ponerlo en relación con el texto de Victoria Ocampo y sentipensar juntas las implicaciones del canon literario en nuestras formaciones.⁴ Me atrevería a afirmar que esa lectura fue una piedra angular en los caminos literarios y políticos que tomaron las siguientes reuniones. Las reflexiones de Mary Louise Pratt acerca de las relaciones entre el canon literario y las jerarquías sociales, sexuales y raciales nos ayudaron a verbalizar los procesos de desidentificación con verdades canónicas que a menudo no nos dejan respirar. Fue una forma colectiva de adquirir conciencia de nuestras resistencias a los modos de recreación del canon en nuestras vidas cotidianas.

Además, identificamos que el literario era un canon entre otros, como el de belleza (corporal, etario, estético) o el de comportamiento,

³ En ese tiempo todavía solía enunciarse a la mujer en singular, aun cuando se hacía referencia a un grupo sexual heterogéneo y diferenciado.

⁴ https://debatefeminista.cieg.unam.mx/index.php/debate_feminista/article/view/260

que no solo nos oprimían sino también producían materialidad en nuestras existencias. Es decir, agresiones varias como dietas, cirugías, ocultamientos, silencios, interrupciones y naturalización o justificación de cualquier tipo de abuso. La escritora venezolana Indira Carpio Olivo, que nos acompañó en varias sesiones, trajo a la discusión la noción de “la mujer maravilla” [*Superwoman*] para visibilizar la doble y triple jornada laboral⁵ que realizan muchas mujeres al cuidar de les hijes⁶ y la casa, las clases de la universidad y la producción literaria (en su caso).

El trabajo doméstico no consiste nada más en las tareas de limpieza de la casa, también contiene una fuerte carga emocional y sexual, dado que se trata de cuidar a quienes ganan el salario familiar y a los futuros trabajadores de la nación. En un “patriarcado del salario” (Federici 2018), el derecho de acceso al trabajo remunerado ha supuesto una mayor explotación de nuestros cuerpos en la realización de doble o triple jornada, lo cual nos deja sin tiempo ni energía para el cuidado propio.

Además, una mujer que trabaja de tiempo completo en casa o fuera de ella, tanto casada como soltera, tiene que dedicar horas de labor para reproducir su propia fuerza de trabajo, y las mujeres conocen de sobra la tiranía de esta tarea, ya que un vestido bonito o un buen corte de pelo son condiciones, ya sea en el mercado matrimonial o en el mercado del trabajo asalariado, para obtener una posición (Federici 2018: 35).

Se nos exige ser buenas madres, esposas eficientes, docentes o investigadoras competentes y escritoras productivas. Sentimos cuán fuerte esos corsés continúan ciñendo nuestros cuerpos; entre lo que se espera de nosotras por nuestra condición de género y “la mujer maravi-

⁵ “Las mujeres tienen una triple jornada laboral por la pandemia”. Disponible en <https://unamglobal.unam.mx/global_revista/las-mujeres-tienen-una-triple-jornada-laboral-por-la-pandemia/>.

⁶ Usaré la a para indicar el femenino, la o para el masculino y la e para cuerpos no binarios o para expresar un plural diverso.

lla” que nos imponemos alcanzar. En *Zafadas*, las reflexiones de Mary Louise Pratt respecto al canon literario extrapolaron la disciplina y nos sirvieron para sentir y discernir la relación íntima entre la literatura y la vida y los aprendizajes que experimentamos al ponerlas en relación. Ese texto excedió sus propias condiciones, se expandió para devenir un testimonio colectivo.

Mary Louise Pratt nos enseña que el canon literario no solo reconoce un conjunto de obras consagradas (“monumentos de la intelectualidad masculina”), sino que además constituye una maquinaria de valores que genera sus propias verdades en el marco de esa disciplina (p. 72). Esto produce estructuras de exclusión que son a su vez parte del mismo aparato, es decir, que son el “exterior constitutivo” —diría Judith Butler (2002)— de ese régimen de verdad literario. Veintinueve años después de la publicación del texto de Pratt percibimos que existe un vasto corpus literario de mujeres y cuerpos no binarios en la producción latinoamericana. Las *zafadas* que se encontraban realizando estudios de posgrado en literatura de esa región ya no reclamaban una pedagogía de las ausencias; el interrogante era más bien ¿cómo leer, analizar e investigar ese corpus? Una cuestión, por cierto, que también plantea Mary Louise Pratt en el texto.

En estas discusiones percibimos la importancia de los cruces interdisciplinarios, de poner a dialogar la producción literaria con la crítica feminista. Y ese tenía que ser un trabajo autodidacta de las estudiantes de posgrados en literatura, dado que los docentes de los programas no contaban con ese tipo de formación. Pratt dice que no existen paradigmas de lectura, pero sí es posible identificar distintas formas de “interrumpir el monólogo masculino” de un corpus literario que es heterogéneo (p. 76).

La autora distingue dos grupos en la producción latinoamericana: los ensayos de identidad y los ensayos de género. Los primeros tienen como fundamento reflexionar sobre la identidad y la cultura en las post-independencias y contribuir a la elaboración de los nuevos modelos de nación que estaban emergiendo. Se preguntaban “¿en qué consiste —o en qué debe consistir— nuestro proyecto social y

cultural?” (p. 74), pues buscaban delimitar los marcos cívico, social y cultural de las nuevas hegemonías nacionales, cuyo epicentro era el sujeto masculino heterosexual mestizo o criollo. El resto (mujeres y sujetos no blancos) eran voces situadas que no compartían el derecho a la enunciación en nombre de la ciudadanía como un todo (p. 74).

En cambio, los ensayos de género eran un conjunto de obras desarrolladas por mujeres a lo largo de 180 años, dedicados a discernir de forma situada la posición de las mujeres en las sociedades latinoamericanas. A través de su escritura, un conjunto de autoras pensó sobre la condición social y existencial de las mujeres así como sobre sus derechos de ciudadanía. Rosario Castellanos, Soledad Acosta de Samper, Clorinda Matto de Turner, Gertrudis Gómez de Avellaneda, Juana Manso, Victoria Ocampo. Todas ellas se asumían sujetos históricos, intelectuales y políticos capaces de contribuir al desarrollo social y cultural de sus naciones. Afirma Pratt: “Es una literatura contestataria que se propone ‘interrumpir el monólogo masculino’ —por decirlo en palabras de Victoria Ocampo— o al menos confrontar la pretensión masculina de monopolizar la cultura, la historia y la autoridad intelectual” (p. 76).

Para algunas zafadas, los considerados *ensayos de género* resonaban en el feminismo de la diferencia de Rosi Braidotti (2005), en el sentido de reafirmar el contenido positivo de la diferencia para reapropiarse de forma colectiva de la singularidad de cada sujeto sin desatender su complejidad. Esto remite no solo a la exclusión de las mujeres, sino también de los sujetos no blancos en los *ensayos de identidad*. Es decir, que implicaba un proyecto social y cultural de diferencia sexual y racial más amplio y complejo, que obligaba a repensar las posibilidades de reinención de mundos a través de la sexualidad y los procesos de racialización en la literatura. Las mujeres escritoras citadas en el texto de Mary Louise Pratt no se definieron por el marcador étnico-racial, pero nosotras pudimos nombrar esa diferencia: Conceição Evaristo, Maryse Condé, Ruperta Bautista, Graciela Huineao, Eliane Potiguara, Adelaida Fernández Ochoa.

Así surgió en el grupo el interrogante de si existía una escritura específicamente femenina y cuáles eran sus rasgos definitorios. Compartimos dudas, silencios, ideas, miradas y discrepancias. A propósito de esto, quisiera traer aquí el pensamiento de Vinciane Despret (2003) sobre la existencia de un quehacer supuestamente específico de las mujeres en la ciencia.

Este debate refleja finalmente una dificultad doble: la de definir o reivindicar qué quiere decir “ser mujer”, y la de ubicarse en el panorama de las teorías feministas. ¿Las mujeres son diferentes a los hombres? Para algunas feministas aumentar la diferencia es ante todo asumir el riesgo de volver a la idea de que esas diferencias son naturales o biológicas. Por otra parte, reivindicar la diferencia, sobre todo en el dominio de las ciencias, es olvidar que las instituciones científicas se construyeron justamente, en el siglo XVIII, sobre un fondo de exclusión de las cualidades femeninas que esas instituciones han desvalorizado. Es aceptar de entrada la descalificación del trabajo hecho por las mujeres. Para otras, al revés, reivindicar la diferencia es darse la oportunidad de redefinir de otra manera esas cualidades descalificadas, para realizarlas y crear así la ocasión para modificar las prácticas y el “hacer ciencia” definidos hasta el momento por los hombres. No son simples apuestas teóricas: cada posición lleva una carga enorme de riesgos. Están en juego la cuestión de la identidad y cuestiones de poder; también están en juego cuestiones de futuro, tanto para las mujeres como para las prácticas científicas (Despret 2023: 172 y 173).

De este modo, ¿Jane Goodall sería una buena científica porque es mujer o devino una buena científica a través de su práctica?⁷ La respuesta de Despret es contundente. “Las mujeres en la ciencia no han creado una práctica específica por su condición de género. En cambio, sí se da un devenir mujer en el propio desarrollo de sus modos de investigar y

⁷ Etóloga y activista británica, muy conocida por ser pionera en el estudio de los chimpancés.

en sus experiencias concretas en el campo” (2023: 178). Sus formas de hacer ciencia son múltiples y distintas. No hay modelos. Las distinciones remiten a la formulación de las preguntas (por ejemplo, no partir de presupuestos biológicos basados en la diferencia sexual como principio organizador), a las actitudes de las investigadoras en el campo (ser empáticas, conectarse emocionalmente con los animales, cuestionar la supuesta objetividad, ser pacientes), a reconocer la condición cognitiva de todos los sujetos participantes humanos y más que humanos; a plantear investigaciones dialógicas que superen la condición monológica masculina y la presunta universalidad.

Estas prácticas investigativas parten del “deseo de escuchar el material” (2023: 179), de no imponer modelos teóricos a quienes se interpela, de realizar investigaciones interrogativas más que prescriptivas. Cristina Rivera Garza destacaba en una conferencia la importancia del tratamiento de los materiales en el proceso de escritura de la obra *El invencible verano de Liliana* (2021).⁸ Investigar implica una ética del cuidado que respete la sensibilidad de los materiales que se manejan, nos decía la escritora. Y ese compromiso político en los modos de hacer investigación también se relaciona con lo que Vinciane Despret denomina una “actitud de sospecha respecto de las generalizaciones” (2023: 180). Es decir, una fuerza desestabilizadora de métodos y teorías dados *a priori* a través de los cuales producimos contenidos. “Esta sospecha no tiene entonces mucho que ver con el hecho de ser mujer, sino con el de ser mujer en una condición histórica particular: la de un cuestionamiento radical de las relaciones de poder” (2023: 180).

La pregunta ontológica de la escritura femenina es una trampa esencialista que reduce el debate a cuestiones biológicas que la teoría feminista ha desmantelado desde hace cincuenta años. Por el contrario, en las prácticas que problematizan las relaciones de poder en la producción literaria, o en cualquier investigación, encontraremos propuestas políticas transformadoras capaces de disputar el poder de

⁸ Taller de escritura organizado por Sudakasa, 13 de febrero de 2025, vía Zoom.

estructuras que se asumen naturales y universales. Victoria Ocampo rechazaba la repetición del monólogo masculino porque no ofrece las condiciones discursivas necesarias para expresar sus dolores y alegrías. Aquellas que interrumpieron el canon necesitaron inventar otros modos de expresar lo político, lo cultural y lo social; estas mujeres, con la conciencia política de lo que significaba su condición en el mundo, escogieron “moverse en otro plano” (en palabras de Carla Lonzi, 2018) para ensayar propuestas creativas distintas, basadas en un ejercicio de libertad auto-concedida.⁹

En ese primer encuentro de Zafadas decidí compartir con el grupo un infeliz episodio que viví con un colega de la Facultad de Filosofía en que realicé mis estudios de licenciatura veinte años atrás. Este señor, surgido del pasado, leyó un artículo que yo acababa de publicar sobre la metodología de mi investigación doctoral (Marugán Ricart 2021) y decidió compartir sus impresiones sobre el mismo en un mensaje de audio extenso, a modo de monólogo masculino, esa forma de expresión que no necesita público, que se contenta con escucharse a sí misma, como diría Victoria Ocampo.

De ninguna manera pienso aburrir a los lectores con los detalles del discurso, apenas retomaré los puntos fundamentales que tienen relación con la experiencia de Zafadas y la lectura de Ocampo y Pratt. El mensaje sentenciaba que mi texto fuera confuso y presentara los siguientes problemas: i) que estuviera escrito en primera persona le molestaba y confundía como lector; ii) que expresara mis emociones y afectos en el texto también era un motivo de molestia y confusión, además de innecesario; iii) ¿para qué señalar mi procedencia y lo que yo denominaba “privilegio de blanquitud”? También eso le molestaba y confundía, ya que impedía concretar en lo importante. ¿Qué sería *lo importante*? De perogrullo es señalar que el monologuista era un señor

⁹ En *Escupamos sobre Hegel*, Carla Lonzi propone desmarcarnos de la dialéctica amo-esclavo para dismantelar la estructura de poder basada en la subordinación y dominación de las mujeres; una acción subjetiva que inaugura espacios colectivos de invención política.

blanco, español, de clase media, heterosexual y formado en la filosofía occidental.

Como siento un compromiso teórico y político con mi campo de estudios, hice el esfuerzo de responder con otro mensaje de audio para justificar esos tres puntos y a la vez darle una clase gratuita de metodologías de investigación feminista. El susodicho, como no contaba con herramientas intelectuales para defender su postura más allá de la evidencia material, semántica e histórica de lo que carga entre las piernas, concluyó la conversación con esta frase: “está muy bien que defiendas tu tesis a capa y espada”.

En los monólogos masculinos no hay necesidad de intercambio, porque la verdad ya está dada; todo aquello que problematice esa verdad *de facto* deviene confuso y molesta (¡no me hagas perder el tiempo, compañera!). Lo cierto es que ese señor no consiguió articular ninguna idea para rebatir mi propuesta metodológica; *más bien*, se dedicó a manifestar sus emociones (molestias) contra la exposición de las mías en el texto. El régimen de autoridad discursiva del sujeto masculino blanco no asume las teorías feministas como *verdadero* pensamiento. Y quienes nos embarcamos en esa tarea hacemos un *trabajo específicamente femenino*, pero nunca científico. En Zafadas intentamos construir un espacio propio, colectivo, para “escucharnos decir” como una forma de poner en palabras lo que sentimos, deseamos, necesitamos y vivimos a través de la literatura y la crítica feminista (Gladys Tzul 2016). *Escuchar decir* aquello que nos interesa, afecta e importa desde la conciencia histórica de saber el lugar que ocupamos en el mundo.

A modo de cierre, me gustaría destacar la idea de las posibilidades de expansión que algunos textos tienen y su capacidad de producir presente. Los artículos de Victoria Ocampo (1936) y Mary Louise Pratt (2000), publicados en *Debate Feminista*, no finalizaron en la última página de los documentos. Por el contrario, excedieron su propia condición para devenir un testimonio polifónico que en sí mismo expresaba las relaciones entre la literatura, los feminismos y la vida. Son lecturas con un potencial transformador no solo por la creación de conocimiento, sino también por las formas de enunciar lo político, lo social

y lo cultural. Ser interrumpidas en nuestros diálogos devino un deseo para continuar ensayando cómo pensar y actuar distinto.

Estamos celebrando el 35° aniversario de *Debate Feminista*. La revista recoge un gran acervo de diferentes modos de “escucharnos decir” que tienen múltiples resonancias en cada una de nosotras. Quisiera destacar el valor de esas publicaciones por su capacidad para expandir los límites textuales y académicos, esparcir semillas de desobediencia más allá de la universidad y articular militancias feministas entre la calle, la escritura y el corazón.

REFERENCIAS

- Braidotti, Rosi. 2005. *Metamorfosis. Hacia una teoría materialista del devenir*, Madrid, Akal.
- Butler, Judith. 2022. *Cuerpos que importan: sobre los límites materiales y discursivos del “sexo”*, Buenos Aires, Paidós.
- Despret, Vinciane. 2023. *Cuando el lobo viva con el cordero*, Buenos Aires, Cactus.
- Federici, Silvia. 2018. *El patriarcado del salario. Críticas feministas al marxismo*, Madrid, Traficantes de Sueños.
- Lonzi, Carla. 2018. *Escupamos sobre Hegel y otros escritos*, Madrid, Traficantes de Sueños.
- Marugán Ricart, Paola María. 2021. “‘Adiar o fim do mundo é exatamente sempre poder contar mais uma história’: notas para una metodología en proceso de una feminista que sueña con postergar el fin del mundo”, *Revista LiminaR. Estudios Sociales y Humanísticos*, vol. 19, núm. 1, pp. 30-43.
- Ocampo, Victoria. 2000 [1936]. “La mujer y su expresión”, *Debate Feminista, Fragmentos y proposiciones*, año 11, vol. 21, pp. 61-69. <https://doi.org/10.22201/cieg.2594066xe.2000.21.258>
- Pratt, Mary Louise. 2000. “‘No me interrumpas’: las mujeres y el ensayo latinoamericano”, *Debate Feminista, Fragmentos y proposiciones*, año 11, vol. 21, pp. 70-88. <https://doi.org/10.22201/cieg.2594066xe.2000.21.260>

Rivera Garza, Cristina. 2021. *El invencible verano de Liliana*, Ciudad de México, Penguin Random House.

Tzul Tzul, Gladys. 2016. “Escucharnos decir: o de cómo hablamos de lo que nos interesa y lo que nos importa”, en Colectivo Minervas y Mujeres en lucha (orgs.), *Escucharnos decir, feminismos populares en América Latina*, Editorial Margarita Cubbino, pp. 130-138. Disponible en <https://www.palavraemeia.com/wp-content/uploads/2017/09/ESCUCHARNOS_DECIR.pdf>.